



PROYECTO AMOR CONYUGAL

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de noviembre de 1979

La unidad originaria del hombre

Invocamos al Espíritu Santo:

Espíritu Santo, ven cada día a nuestros corazones. Enséñanos y empújanos a practicar nuestro amor conyugal según la voluntad del Padre. No lo buscamos por egoísmo, sino para alabarle y glorificarle, en las alegrías y en las penas, todos los días de nuestra vida y así contribuir con Él a la construcción de Su Reino de Amor en nuestro hogar. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

INTERPRETACIÓN DE LA CATEQUESIS:

1. La creación "definitiva" del hombre consiste en la creación de la unidad de dos seres. Se da la característica de que por un lado la **unidad** identifica lo que es la naturaleza del **hombre** (hecha para la unión) y por otro, que existe una **dualidad**, **hombre-mujer**, que **nos diferencia**.

Del Génesis 2, 23 se deduce que **el hombre** ha sido creado como un **don especial ante Dios** ("Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho") y que a su vez, ha sido creado como un **don especial para el hombre**: **Primero** porque como hombres, **hemos recibido una dignidad especial**, y **segundo** porque la "mujer" ha sido creada como un **don para el hombre** y el "hombre" como un **don para la mujer**.

El segundo capítulo del Génesis revela esa primera experiencia en la que **el hombre se percibe como un valor**. Ocurre **primero** en la experiencia de la soledad originaria y **después** en la experiencia de **la creación del hombre como varón y mujer**. Gen 2, 23 contiene las palabras del primer hombre a la vista de la mujer creada, "tomada de él", puede ser considerado como un anticipo de lo que será el libro bíblico del Cantar de los Cantares.

La profundidad y la fuerza de esta primera y "originaria" **emoción del hombre-varón ante la humanidad de la mujer**, y al mismo tiempo ante la femineidad del otro ser humano, parece algo único e irreplicable.



2. Con esta unidad, el hombre supera la soledad y a su vez, la soledad es camino que lleva a esa unidad que podemos definir como “comuni3n de personas”. El hombre en la experiencia de la soledad originaria adquiere una conciencia de que es diferente de las dem3s criaturas y descubre la necesidad de encontrar una “ayuda semejante a 3l”. En la soledad originaria, el hombre descubre que necesita una relaci3n adecuada a 3l por ser “persona” y esta relaci3n es la “comuni3n de personas”.

Pero ¿qu3 significa “comuni3n”? Es esa “ayuda” que nos podemos ofrecer como personas que viven uno “junto” a la otra. En el relato b3blico lo expone como la existencia de la persona “para” la persona. Como un encuentro de dos personas “hombre y mujer” que han experimentado cada uno la soledad y se encuentran atra3das por su distinc3n. Ambos se ven como una “ayuda” por existir el uno para el otro. Una experiencia que ning3n otro ser de la creaci3n pod3a experimentar. Para ello era necesario en la experiencia de la soledad, que cada uno tomase conciencia de s3 mismo, de qui3n es, de su dignidad, y de su autodeterminaci3n o capacidad para decidir por s3 mismo, o sea, la subjetividad y el conocimiento del significado de su propio cuerpo.

3. El relato de la creaci3n del hombre afirma que el hombre ha sido creado a imagen de Dios en cuanto var3n y mujer. El hombre se ha convertido en “imagen y semejanza” de Dios no s3lo a trav3s de la propia humanidad, sino tambi3n a trav3s de la comuni3n de las personas, que el hombre y la mujer forman. Y la funci3n de la imagen es reflejar el modelo. El hombre se convierte en imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comuni3n. 3l es desde el principio imagen de una comuni3n inescrutable comuni3n divina de Personas.

El concepto de ser “imagen de Dios” es lo m3s profundo que se puede decir acerca del hombre. El hombre ha sido dotado de la capacidad de constituir una profunda unidad a partir de su masculinidad y feminidad. Esta uni3n hombre-mujer fue bendecida desde el principio por Dios con la fecundidad unida a la procreaci3n humana.

4. Nos encontramos en el n3cleo de la realidad humana llamada “cuerpo” que tiene un significado teol3gico. Gen 2,23 hablan del cuerpo por primera vez en los t3rminos: “Carne de mi carne y hueso de mis huesos”. El hombre, a la vista del cuerpo de la mujer, es capaz de identificar lo que les hace semejantes. Por tanto, el cuerpo revela al hombre y determina al hombre como persona, es decir, como ser que en la carne es “semejante” a Dios.



PROYECTO AMOR CONYUGAL

5. Nos encontramos en el meollo de la realidad humana llamada “cuerpo” que tiene un significado teológico, habla de Dios al que es semejante. La teología del cuerpo es la expresión de Dios a través del cuerpo humano, que se expresa a sí mismo a través de la masculinidad y la feminidad. La unidad hombre–mujer se expresa con la frase “y los dos serán una sola carne”. Esta frase tiene una dimensión ética, como se ve en la respuesta que Jesús le da a los fariseos en Mt 19 (Mc 10) y tendrá también una dimensión sacramental como se comprueba por las palabras de San Pablo a los Efesios. Y es así porque esa unidad que se realiza a través del cuerpo, no solamente hace referencia al cuerpo, sino que indica la comunión “encarnada” de las personas.

La masculinidad y feminidad incorporan una nueva conciencia del propio cuerpo por la conciencia de que en la unión hombre–mujer, se produce un enriquecimiento recíproco. Esta conciencia de la re–creación del hombre–mujer para un enriquecimiento mutuo en las diferencias a través de la comunión de personas, es la raíz más profunda que existe en la constitución del cuerpo del hombre, de su sexualidad y lo que más ayuda a comprender quién es el hombre para Dios.

EL MENSAJE DE ESTA CATEQUESIS PARA EL HOMBRE DE HOY:

LA UNIÓN EN LA DIVERSIDAD:

Si observamos dos piezas de un puzzle, es necesario que donde una tiene la hendidura la otra tenga un saliente para poder unirlos. Es precisamente la complementariedad de ambas piezas la que permite la unión. Es imprescindible la diferenciación sexual para hacer posible una unión tan intensa y tan profunda como la del matrimonio, una unión en la que ambos se comprometen, se arriesgan, una unión que indefectiblemente es para toda la vida, pero por el pecado, lo hace imposible. Al principio para el hombre y la mujer, Dios era el Esposo. Hombre y mujer llamados a una íntima unión entre ellos, llamados a una profunda unión con su Creador. A semejanza del Amor de Dios por ellos, es el amor entre los hombres en el matrimonio. Aprender a amarnos con un amor limpio, libres de concupiscencias

EN LA DIVERSIDAD SEXUAL:

El hombre tiene una psicología diferente de la mujer pero complementaria. Los psicólogos dicen que el hombre es más conceptual y la mujer más emocional. Mientras la mujer tiene unidas sus emociones a su físico y a la comunicación, de manera que puede somatizar



PROYECTO AMOR CONYUGAL

fácilmente en un dolor una mala experiencia emocional y además necesita expresarla, el hombre en cambio no suele analizar tan intensamente sus estados emocionales ni suele hablar de ellos, sino que centra su atención más en los conceptos. Esto hace que hombre y mujer tengan lenguajes diferentes, percepciones diferentes, prioridades diferentes... Esto les hace complementarios, y el hombre necesita a la mujer para hacer su vida más "profunda" y más "intensa" y no quedarse en una experiencia superficial de la vida, la mujer fue creada para llevar al hombre al bien (santidad) y la paz, no al mal, porque la mujer en lo general acoge y comprende con más facilidad las realidades sobrenaturales y poder elevarle al hombre hasta Dios, no rebajarle, para darle su amor, no su odio, no su venganza por el mal recibido, fue creada para la alegría del hombre y la de Dios, ella como protectora de la vida, debe dar a Luz aunque pase por los dolores de parto en el alma .

Mientras que la mujer necesita al hombre de esa protección del Bien, el hombre es custodio del hogar, respondiendo o actuando de una manera determinada como respuesta y rechazando un ataque o agresión.

Otra característica que resulta interesante, es que la mujer, tiene una manera de amar diferente a la del hombre. La mujer ama acogiendo, mientras que el hombre ama entregándose. Esto que se observa claramente en el acto conyugal, se puede extrapolar al ámbito emocional y afectivo. Así, el hombre se frustra si no consigue lo que desea, mientras que la mujer se frustra si no recibe lo que ella necesita. Esta manera de amar acogiendo, de la mujer, le facilita también la acogida de Cristo y de la fe, pues es su manera natural de amar, acogiendo al Esposo. Mientras que para el hombre resulta más complejo y requiere de un esfuerzo mayor y un mayor convencimiento desde el punto de vista racional o la ayuda de la mujer. Por este motivo, es habitual que sean las mujeres las primeras en acoger la fe y hacerlo con más intensidad, mientras que los hombres suelen ser más reacios. Así la mujer es un buen complemento para el hombre en la fase de conversión, mientras que el hombre, una vez que ha acogido la fe, suele ser más disciplinado, por esta componente más racional que forma parte de su ser. Esta experiencia es fácilmente comprobable entre los esposos, y están llamados en este sentido a la complementariedad y el apoyo mutuo.

EN LA DIVERSIDAD DE DONES

Nuestra experiencia con todos los matrimonios que hemos tratado es que, además de las diferencias sexuales por la masculinidad y la feminidad, existen otras muchas de toda índole, entre los esposos. Es como si Dios ante el pecado, también contase ya con una solución y hubiera inscrito una ley por la que los polos opuestos se atrajesen. Esto hace



PROYECTO AMOR CONYUGAL

que los esposos siempre sean la noche y el día en casi todo: Si un es ordenado, el otro suele tener su propio orden. Uno puntual y el otro menos, uno más severo con los hijos y el otro más permisivo, uno más cuadrulado y el otro más “despreocupado” o tranquilo, uno “ahorrador” y el otro “generoso”. El problema viene cuando como en el último ejemplo que hemos citado, el ahorrador ve al generoso como “derrochador”, y el generoso ve al ahorrador como un “tacaño”. Es decir, que esas diferencias son también un medio de santificación, y si nos empeñamos en ver el mundo desde nuestra perspectiva, no nos enriqueceremos nunca con la perspectiva del otro, y el “ahorrador” nunca a prenderá a ser un poco más “generoso” ni viceversa. ¿Podríamos hablar en estos casos de “dureza de corazón”? ¿No es verdad que aferrarse a la propia manera de ver y entender es cerrarse a la conversión? Hemos observado y hemos experimentado que las diferencias en las virtudes de ambos, son necesarias para el crecimiento mutuo, y están ahí para que nos apoyemos el uno en el otro, nos pidamos ayuda y crezcamos ambos con los dones de nuestro respectivo cónyuge.

EN LA DIVERSIDAD DE CARENCIAS O DEBILIDADES:

Dando un paso más y en la misma línea argumental, las carencias del uno y de la otra son motivos de unión. Si lo pensamos bien: Si yo no necesitase nada, ¿Para qué necesitaría un esposo? Efectivamente, el hecho de que me faltan dones, hace que necesite al que los tiene. Por otra parte ¿Por qué los esposos se suelen empeñar en que sus cónyuges sean perfectos desde el principio? Este es el pecado del matrimonio (seréis como dioses), endiosar al otro y hacerse dios cada uno para el otro, quedando reducida la relación solo entre ellos y sin Dios ¿No es mejor que tengan carencias para construir con Dios la obra de santidad y mirar con sencillez lo que está por hacer aceptándolo y ocupándose colaborando con el Espíritu Santo? Esto es lo que realmente hace una vida llena en el matrimonio, la edificación del mismo, donde ambos, hombre y mujer, con sus carencias y pecados, van caminando hacia el Amor, y en la medida que más le acojan, más libres van siendo para poder donarse el uno al otro.

El hecho de necesitarnos mutuamente ayuda a la comunión y cada pecado del otro es una especie de antídoto contra la concupiscencia y el individualismo.

Por último, podríamos hablar también del pecado. Ya decía San Agustín: «Dios es de tal modo el Sumo Bien que ningún mal permitiría en sus obras si no fuese tan omnipotente y bueno como para sacar bien del mismo mal». ¿No podríamos plantearnos que los “males” de mi esposo son un camino para un bien común mayor? ¿Y los míos, no serán un camino para un bien común mayor? Siempre que se esté dispuesto a morir al yo que tanto aleja de Dios y colaborar con su gracia confiando y luchando y oportunidad de aprender a amar en



PROYECTO AMOR CONYUGAL

lo concreto, en la carne, dialogando y pidiéndose ayuda entre los esposos para que los esposos. Dios quiere una espiritualidad encarnada, no un espiritualismo.

Así que, incluso las diferencias en las “caídas” de uno y otro pueden ser también un medio de salvación mutua. ¿Estás dispuesto a cargar sobre tus espaldas el pecado de tu esposo, ofrecer sacrificios por él, siendo el primero el amor ante el mal?

Todas estas diferencias, personales y conyugales, tienen un sentido: la salvación y facilitar la comunión entre ambos y con Dios. No las veamos nunca como impedimentos o motivos de separación porque, muy al contrario, son motivos para la unión, para la salvación del alma propia y familiar.

RATO DE ORACION JUNTOS:

Reconozco la diversidad sexual como un valor que hace posible la unión entre nosotros. Reconozco también que ambos somos distintos para un bien mayor.

Oro a solas con Dios:

Señor: ¿Cómo quieres que actúe ante las diferencias de mi esposo?

¿Cómo puede ayudarme eso a llegar hasta ti? ¿Acerco a mi esposo a Ti con la actitud que yo adopto ante nuestras diferencias?

Reflexiono sobre dones que le has entregado, y que a mí no me has entregado: ¿Cuáles son? Esos dones ¿Son para mí también? ¿Cómo puedo apoyarme en los dones de mi esposo para llegar hasta Ti?

Oramos juntos con Dios:

Le doy gracias a Dios por mi esposo, porque Él lo/la ha creado para mí como una ayuda.

Le digo a mi esposo qué dones tiene que me podrían ayudar. Le pido ayuda.

Le pedimos a Dios que respondamos a Su generosidad en los dones que nos ha entregado y que sepamos aprovecharlos para nuestra santificación.



PROYECTO AMOR CONYUGAL

EL CASO:

Ramón y Concha llevan 14 años casados y son muy diferentes. Tienen 3 hijos. Sus diferencias han sido durante todos estos años causa de múltiples conflictos, que no resolvían y de los que salían muy heridos por las incomprendiones que experimentaban.

Concha buscaba un refugio en sus amigas. Buscaba esa comprensión y desahogo que en su matrimonio no tenía. Le parecía sentirse más cómoda, más “igual” a ellas y más comprendida. Pero había algo que no acababa de impedir que se sintiese sola. Sus amigas tenían “su vida” y ella no formaba parte de ella con la intensidad que necesitaba.

Ramón también tenía sus refugios: Sus hijos y su trabajo.

Concha seguía buscando un ambiente que le llenase y decidió entregarse en la parroquia. Se ofreció de catequista, colaboraba con Cáritas, y el párroco le pidió colaboración también en las tareas administrativas que le tenían desbordado. Concha llegaba tarde a casa de manera habitual.

La relación entre Ramón y Concha se iba enfriando más y más.

¿Qué necesitaba realmente Concha? ¿Por qué se sentía sola?

La providencia divina quiso que Concha se encontrase con una persona que le ayudó a tener una visión nueva de su matrimonio. Le enseñó que su esposo no hacía lo que hacía de manera diferente por fastidiarla a ella (algo de lo que estaba muy convencida). Entendió que las diferencias de su marido no eran malas, Dios las había puesto ahí para que ella pudiese enriquecerse y crecer. Su marido podía ser una ayuda para ella.

A partir de esta nueva visión de su esposo, muy poco a poco, Concha fue descubriendo que tenía en casa todo lo que buscaba fuera: Alguien a quien entregarse, un igual que le daba puntos de vista diferentes, alguien con quien compartir toda su intimidad, y además, ella sí que formaba parte de la vida de su esposo. Concha y Ramón, siguen teniendo sus problemillas de convivencia, pero se saben “carne de su carne”. Ahora también se ofrecen juntos en su camino de entrega generosa a los demás en la parroquia en la que colaboraba Concha.

Virtudes más características de la masculinidad y la feminidad



La mujer

- Es más tierna
- Sensible
- Delicada
- Misericordiosa, se apiada
- Tiene y busca mayor profundidad
- Siempre al servicio de los demás
- Tiene mayor facilidad para conocer a las personas
- Más comprensiva
- Capacidad de estar en lo concreto
- Es intuitiva
- Emocionalmente más inteligente
- Es más fiel
- Más sacrificada

El hombre:

- Mantiene más distancia frente a la vida concreta
- actúa más serenamente
- imperturbable, seguro, da confianza.
- El hombre da amor para ser amado, mientras que la mujer quiere ser amada para dar amor.
- capacidad de proyectos a largo plazo,
- tendencia a la racionalización,
- la exactitud y el dominio técnico sobre las cosas
- pragmatismo
- Dar a cada cosa su lugar
- Hablar lo justo
- resolutivo
- eficiente: orientado a resultados
- sentido de la justicia: Dar a cada uno lo suyo
- moderación
- No resentirse por las injurias
- tranquilidad: no preocuparse por tonterías



PROYECTO AMOR CONYUGAL

Mirar las virtudes masculinas y femeninas, para reafirmarnos en nuestra masculinidad y feminidad y ser una ayuda el uno para el otro. Para formar esa unidad. Poner cada uno sus virtudes y compartirlas.



PROYECTO AMOR CONYUGAL

COMPROMISO:

- Oración juntos.
- Experiencia: Identificar mis dones y presentárselos en una lista a mi esposo. Él/ella hará lo mismo entregándomelos a mí. Contemplar los dones de mi esposo y plantearme cómo me pueden ayudar en el camino hacia Dios. Pedirle ayuda.



Copia íntegra de la catequesis de JP II:

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de noviembre de 1979

La unidad originaria del hombre

1. Siguiendo la narración del libro del Génesis, hemos constatado que la creación "definitiva" del hombre consiste en la creación de la unidad de dos seres. Su unidad denota sobre todo la identidad de la naturaleza humana; en cambio, la dualidad manifiesta lo que, a base de tal identidad, constituye la masculinidad y la feminidad del hombre creado. Esta dimensión ontológica de la unidad y de la dualidad tiene, al mismo tiempo, un significado axiológico. Del texto del Génesis 2, 23 y de todo el contexto se deduce claramente que el hombre ha sido creado como un don especial ante Dios ("Y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho": Gén 1, 31), pero también como un valor especial para el mismo hombre: primero, porque es "hombre"; segundo, porque la "mujer" es para el hombre, y viceversa, el hombre es para la mujer. Mientras el capítulo primero del Génesis expresa este valor de forma puramente teológica, (e indirectamente metafísica), el capítulo segundo, en cambio, revela, por decirlo así, el primer círculo de la experiencia vivida por el hombre como valor. Esta experiencia está ya inscrita en el significado de la soledad originaria, y luego en todo el relato de la creación del hombre como varón y mujer. El conciso texto de Gén 2, 23, que contiene las palabras del primer hombre a la vista de la mujer creada, "tomada de él", puede ser considerado el prototipo bíblico del Cantar de los Cantares. Y si es posible leer impresiones y emociones a través de palabras tan remotas, podríamos aventurarnos también a decir que la profundidad y la fuerza de esta primera y "originaria" emoción del hombre-varón ante la humanidad de la mujer, y al mismo tiempo ante la feminidad del otro ser humano, parece algo único e irrepetible.

2. De este modo, el significado de la unidad originaria del hombre, a través de la masculinidad y la feminidad, se expresa como superación del límite de la soledad, y al mismo tiempo como afirmación —respecto a los dos seres humanos— de todo lo que en la soledad es constitutivo del "hombre". En el relato bíblico, la soledad es camino que lleva a esa unidad, que siguiendo al Vaticano II, podemos definir *Communio personarum* ^[1]. Como ya hemos constatado anteriormente, el hombre en su soledad originaria, adquiere una conciencia personal en el proceso de "distinción" de todos los seres vivientes (*animalia*) y al mismo tiempo, en esta soledad se abre hacia un ser afín a él y que el Génesis (2, 18 y 20) define como "ayuda semejante a él". Esta apertura decide del hombre-persona no menos, al contrario, acaso más aún, que la misma "distinción". La soledad del hombre, en el relato yahvista, se nos presenta no sólo como el primer descubrimiento de la transcendencia característica propia de la persona, sino también como descubrimiento de una relación adecuada "a la" persona, y por lo tanto como apertura y espera de una "comunidad de personas".

Aquí se podría emplear el término "comunidad", si no fuese genérico y no tuviese tantos significados. "Comunión" dice más y con mayor precisión, porque indica precisamente esa "ayuda" que, en cierto sentido, se deriva del hecho mismo de existir como persona "junto" a una persona. En el relato bíblico este hecho se convierte eo ipso —de por sí— en la existencia de la persona "para"



la persona, dado que el hombre en su soledad originaria, en cierto modo, estaba ya en esta relación. Esto se confirma, en sentido negativo, precisamente por su soledad. Además, la comunión de las personas podía formarse sólo a base de una "doble soledad" del hombre y de la mujer, o sea, como encuentro en su "distinción" del mundo de los seres vivientes (*animalia*), que daba a ambos la posibilidad de ser y existir en una reciprocidad particular. El concepto de "ayuda" expresa también esta reciprocidad en la existencia, que ningún otro ser viviente podía haber podido asegurar. Para esta reciprocidad era indispensable todo lo que de constitutivo fundaba la soledad de cada uno de ellos, y por tanto también la autoconciencia y la autodeterminación, o sea, la subjetividad y el conocimiento del significado del propio cuerpo.

3. El relato de la creación del hombre, en el capítulo primero, afirma desde el principio y directamente que el hombre ha sido creado a imagen de Dios en cuanto varón y mujer. El relato del capítulo segundo, en cambio, no habla de la "imagen de Dios"; pero revela, a su manera característica, que la creación completa y definitiva del "hombre" (sometido primeramente a la experiencia de la soledad originaria) se expresa en dar vida a esa "*communio personarum*" que forman el hombre y la mujer. De este modo, el relato yahvista concuerda con el contenido del primer relato. Si, por el contrario, queremos sacar también del relato del texto yahvista el concepto de "imagen de Dios", entonces podemos deducir que el hombre se ha convertido en "imagen y semejanza" de Dios no sólo a través de la propia humanidad, sino también a través de la comunión de las personas, que el hombre y la mujer forman desde el comienzo. La función de la imagen es la de reflejar a quien es el modelo, reproducir el prototipo propio. El hombre se convierte en imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión. Efectivamente, él es "desde el principio" no sólo imagen en la que se refleja la soledad de una Persona que rige al mundo, sino también y esencialmente, imagen de una inescrutable comunión divina de Personas.

De este modo el segundo relato podría también preparar a comprender el concepto trinitario de la "imagen de Dios", aún cuando ésta aparece sólo en el primer relato. Obviamente esto no carece de significado incluso para la teología del cuerpo, más aún, quizá constituye incluso el aspecto teológico más profundo de todo lo que se puede decir acerca del hombre. En el misterio de la creación —en base a la originaria y constitutiva "soledad" de su ser— el hombre ha sido dotado de una profunda unidad entre lo que en él es masculino humanamente y mediante el cuerpo, y lo que de la misma manera es en él femenino humanamente y mediante el cuerpo. Sobre todo esto, desde el comienzo, descendió la bendición de la fecundidad, unida con la procreación humana (Cf. *Gén 1, 28*).

4. De este modo, nos encontramos casi en el meollo mismo de la realidad antropológica que se llama "cuerpo". Las palabras del *Génesis 2, 23* hablan de él directamente y por vez primera en los términos siguientes: "carne de mi carne y hueso de mis huesos". El hombre-varón pronuncia estas palabras, como si sólo a la vista de la mujer pudiese identificar y llamar por su nombre a lo que en el mundo visible los hace semejantes el uno al otro, y a la vez aquello en que se manifiesta la humanidad. A la luz del análisis precedente de todos los "cuerpos", con los que se ha puesto en contacto el hombre y a los que ha definido conceptualmente poniéndoles nombre ("*animalia*"), la expresión "carne de mi carne" adquiere precisamente este significado: el cuerpo revela al hombre. Esta fórmula concisa contiene ya todo lo que sobre la estructura del cuerpo como organismo, sobre su vitalidad, sobre su particular fisiología sexual, etc., podrá decir acaso la ciencia humana. En esta expresión primera del hombre-varón "carne de mi carne" se encierra también una referencia a aquello por lo que el cuerpo



es auténticamente humano, y por lo tanto a lo que determina al hombre como persona, es decir, como ser que incluso en toda su corporeidad es "semejante" a Dios ^[2].

5. Nos encontramos, pues, casi en el meollo mismo de la realidad antropológica, cuyo nombre es "cuerpo", cuerpo humano. Sin embargo, como es fácil observar, este meollo no es sólo antropológico, sino también esencialmente teológico. La teología del cuerpo, que desde el principio está unida a la creación del hombre a imagen de Dios, se convierte, en cierto modo, también en teología del sexo, o mejor, teología de la masculinidad y de la feminidad, que aquí, en el libro del Génesis, tiene su punto de partida. El significado originario de la unidad, testimoniada por las palabras del Génesis 2, 24, tendrá amplia y lejana perspectiva en la revelación de Dios. Esta unidad a través del cuerpo ("y los dos serán una sola carne") tiene una dimensión multiforme: una dimensión ética, como se confirma en la respuesta de Cristo a los fariseos en Mt 19 (Mc 10), y también una dimensión sacramental, estrictamente teológica, como se comprueba por las palabras de San Pablo a los Efesios ^[3], que hace referencia además a la tradición de los Profetas (Oseas, Isaías, Ezequiel). Y es así, porque esa unidad que se realiza a través del cuerpo indica, desde el principio, no sólo el "cuerpo", sino también la comunión "encarnada" de las personas —*communio personarum*— y exige esta comunión desde el principio. La masculinidad y la feminidad expresan el doble aspecto de la constitución somática del hombre ("esto sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos"), e indican, además, a través de las mismas palabras del Génesis 2, 23, la nueva conciencia del sentido del propio cuerpo: sentido, que se puede decir consiste en un enriquecimiento recíproco. Precisamente esta conciencia, a través de la cual la humanidad se forma de nuevo como comunión de personas, parece constituir el estrato que en el relato de la creación del hombre (y en la revelación del cuerpo contenida en él) es más profundo que la misma estructura somática como varón y mujer. En todo caso, esta estructura se presenta desde el principio con una conciencia profunda de la corporeidad y sexualidad humana, y esto establece una norma inalienable para la comprensión del hombre en el plano teológico.

Notas

[1] "Pero Dios no creó al hombre dejándolo solo; desde el principio "varón y mujer los creó" (Gén 1, 27) y su unión constituye la primera forma de comunión de personas" (*Gaudium et spes*, 12).

[2] En la concepción de los libros bíblicos más antiguos no aparece la contraposición dualista "alma-cuerpo". Como ya se ha subrayado (cf. nota), se puede hablar más bien de una combinación complementaria "cuerpo-vida". El cuerpo es expresión de la personalidad del hombre, y si no agota plenamente este concepto, es necesario entenderlo en el lenguaje bíblico como "*pars pro toto*"; cf. por ejemplo: "no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado sino mi Padre..." (Mt 16, 17), es decir: no te lo ha revelado el *hombre*.

[3] "Nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Gran misterio es éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia" (Ef 5, 29-32).



PROYECTO AMOR CONYUGAL

Este será el tema de nuestras reflexiones en la parte titulada "El Sacramento".